



El enigma del scriptorium



Pedro Ruiz García

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Cubierta: Lara Peces

© Pedro Ruiz García, 2012
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres:
gracias por vuestro apoyo.*

1

EL INCENDIO

Toledo, 1275.

Había anochecido y las labores del *scriptorium* no continuarían hasta la siguiente jornada. Sobre las mesas inclinadas descansaban papiros y pliegos de papel, aguardando a que los amanuenses, miniaturistas y traductores retomaran su labor con las primeras luces del alba. Estaba acostumbrada a ver el taller de copia rebosante de actividad, y la desconcertante sensación de encontrarme en un lugar diferente al que acudía puntualmente cada mañana me turbó.

A excepción de tres maestros y del par de guardias que vigilaban la entrada, el medio centenar de personas que trabajaban en la Escuela de Traductores ya se habían marchado; entre los maestros reunidos se hallaba mi mentor, el maestro Yehuda. A pesar de que el asunto que los mantenía confinados no parecía tener fin, debía informar de mis avances al señor Yehuda, por lo que decidí continuar con mis tareas a la espera de que pusieran fin a la reunión. Llevaban trabajando un día y medio sin descanso, algo del todo fuera de lo habitual, por lo que alimentaba la esperanza de que el encierro no se prolongara una noche más.

Tras una hora de espera, terminé por aceptar que estaba equivocada. Los guardias no tardarían en cerrar la puerta principal, de modo que recogí los útiles de escritura y apagué la vela que se consumía sobre mi escritorio, resuelta a marcharme.

La estancia en la que se encontraba el taller de copia era la más grande de las que conformaban la Escuela de Traductores, y el eco de mis pisadas recorrió cada esquina de la sala. Las sombras que dominaban el pasillo apenas eran mitigadas por la luz de las antorchas que se apreciaban en el otro extremo, donde se abría una espaciosa cancela que comunicaba con el zaguán y el portalón de salida. A mis pupilas les costaba adaptarse a la penumbra que me envolvía; no obstante, conocía bien cada rincón del edificio, y mis pasos avanzaban con seguridad sobre el suelo de piedra.

Me resultó llamativo que Lorenzo, uno de los dos soldados que habitualmente vigilaban la puerta, no estuviese ocupando su puesto en la cancela. Minutos antes me había cruzado con Ramiro, el más veterano de los guardias, mientras efectuaba la última ronda, y era conveniente informarles de que me marchaba. Solo permanecí a la espera unos instantes, ya que un sonido surgió de la biblioteca. Al fondo de la gran estancia aprecié el tenue resplandor de un candil y me dirigí hacia él. No fue hasta encontrarme a unos pasos cuando lo reconocí; no se trataba del guardia ni de ninguna de las personas que prestaban sus servicios en el *scriptorium*, sino del noble musulmán de turbante morado, llamado Karim, que había estado examinando tratados de medicina desde primera hora de la mañana. Se encontraba prácticamente oculto tras una docena de libros que levantaban una pequeña montaña sobre la mesa; uno de ellos, precisamente, era el que había resbalado hasta el suelo. Resultaba evidente que o no conocía los hábitos de trabajo o los había pasado por alto, pues los eruditos que acudían regularmente a consultar los manuscritos sabían que no podían prolongar sus tareas más allá del atardecer.

—Disculpad, el guardia está a punto de cerrar —le indiqué.

En ese momento resonó un portazo que nos hizo levantar la vista hacia la salida. A continuación, un eco de pasos y el destello de una antorcha atravesaron la cancela y se adentraron en las estancias del *scriptorium*.

—Parece que no tendremos que hacer noche aquí —dijo el caballero musulmán con el peculiar acento de las personas que llegaban desde Al-Ándalus, mientras comenzaba a reco-

ger unos pliegos en los que había realizado numerosas anotaciones.

De pronto, un murmullo de voces creció hasta convertirse en una airada discusión. Provenía del interior del edificio, de alguna de las habitaciones que componían el taller de copia. Intervenían tres o cuatro personas, y la conversación resultaba cada vez más acalorada. Decidí interesarme por la causa del alboroto, pero no había dado tres pasos cuando un alarido espeluznante me detuvo.

Aquel chillido lleno de terror solo fue el primero de una sucesión de gritos desesperados, agónicos, que sobrevinieron durante los siguientes instantes y que paralizaron mis piernas. Todo ocurrió en segundos, y de pronto, la callada quietud que regía en el *scriptorium* regresó tan bruscamente como se había visto interrumpida.

El caballero musulmán logró reaccionar primero. Me tomó la delantera y corrió precipitadamente hacia el origen de la algarada. Agarré el candil y fui tras él. A quince pasos de la cancela vislumbramos la figura de un hombre alto y fornido envuelto en una capa negra, que se alejaba hacia la salida a plena carrera. En una mano llevaba una antorcha; en la otra, una espada.

Al llegar a la cancela vi que el caballero musulmán arremetía contra la puerta de la calle en un vano intento por abrirla, pues el huído había logrado escapar y la había bloqueado desde el exterior. Dirigí el candil hacia la otra dirección.

Estaba convencida de que los gritos habían surgido de las dependencias que conformaban el *scriptorium* e, inevitablemente, mi mirada se marchó hacia la habitación en la que trabajaban los tres maestros. La puerta estaba entornada y un potente resplandor se filtraba por la rendija. Vacilé unos segundos, solo los necesarios para reunir el valor suficiente y avanzar hasta el umbral. El noble andalusí había detenido sus embates, y lo único que ahora interrumpía el silencio eran mis propios latidos.

—¿Maestros? —llamé.

No contestó nadie.

—¿Maestro Yehuda? —insistí.

La única respuesta a mi pregunta fue el silencio. Al llevar la mano al picaporte, tuve la sensación de que unas tenazas me oprimían las entrañas. Respiré hondo en busca de determinación antes de adentrarme en el cuarto. Un intenso olor a quemado invadió mis pulmones y una premonición fatídica me espoleó para, finalmente, lograr enfrentarme al último paso.

Tardé unos segundos en asimilar la escena que se abrió ante mis ojos. Las bocanadas de humo surgían de la mesa en la que trabajaba el maestro Fray Núñez; en ella, un candil de aceite volcado sobre un papiro avivaba el fuego. Las llamas se extendían a otros códices y pliegos cercanos. Aunque una nube gris emborronaba las formas de la habitación, distinguí a mi maestro recostado sobre la mesa de trabajo y al maestro Abdel Hadi tendido en el suelo.

—¡Debéis salir de aquí! —exclamé presa de una sacudida de pánico—. ¡Maestros! ¡Señor Yehuda!

Ninguno de los tres realizó movimiento alguno. Las llamas se multiplicaban sobre la mesa a gran velocidad...

Esta trágica noche en el *scriptorium* es lo primero que me viene a la cabeza al echar la mirada atrás, a pesar de que fueron muchos los sucesos que se precipitaron durante aquellos días. No supone el comienzo de mi historia ni tampoco su final, aunque después de analizarlo detenidamente, puede interpretarse como su punto de inflexión, de no retorno: el instante en el que alguien te empuja al río, después del cual solo te resta intentar salir a flote y alcanzar la orilla.

En una ocasión, don Martín me dijo que a veces es uno el que decide qué camino seguir, y que otras es el propio camino el que se precipita sobre tus pasos. Solo con el transcurso del tiempo he comprendido sus palabras. Ni aquel caballero musulmán ni yo tendríamos que haber estado en el *scriptorium* a esas horas, pero la línea del destino parecía haber tomado su decisión: el camino se había abalanzado sobre nosotros.

Hasta ese día, yo no era más que una simple aprendiz que de lo único que andaba sobrada era de sueños; una joven que vivía de prestado, cuyas pertenencias se reducían a un *stilarium*

–un estuche con los correspondientes útiles de pintura y escritura– y un tratado de Maimónides usado hasta la saciedad, pero que poseía unas láminas y miniaturas admirables. Mis escasos recursos nunca me habían permitido viajar más allá de tres leguas siguiendo la vega del Tajo, y mi experiencia más arriesgada llegaba cada miércoles, cuando mi pelo se llenaba de telarañas; mis pulmones, de aire nauseabundo, y mi saya, de polvo al recorrer los subterráneos de San Ginés.

No obstante, aquella noche lo cambió todo. Resulta curioso cómo unos pocos minutos logran alterar el rumbo de toda una vida... Aunque me estoy anticipando. Para comprender la espiral de sucesos en la que me vi atrapada después de aquella aciaga noche, es preciso que me remonte dos días.

2

LOS JUGLARES DE AL-ÁNDALUS

Los días de mercado nunca faltaban saltimbanquis, trovadores o titiriteros a la espera de que alguno de los maravedíes que cambiaban de mano fuera a parar a sus bolsas. Aprovechaban cualquier hueco entre la maraña de tiendas y puestos ambulantes que abarrotaban la plaza de Zocodover para alzarse sobre sus tarimas y llevar a cabo sus escenificaciones.

–Nos vemos a la hora del almuerzo. ¡Hay un grupo de juglares andalusíes! –me había comunicado Almudena una hora antes con una pícara sonrisa.

Y esto sí que era una novedad. Cargada con las hortalizas de doña Antonia, Almudena se había presentado en la cancela de la Escuela de Traductores para comunicarme la buena nueva. Lo cierto era que su propuesta no aceptaba discusión: las refinadas y exóticas telas con las que se tocaban las gentes que llegaban de Al-Ándalus, sumadas a la dulzura con la que cantaban los versos y el sentimiento que transmitían sus gestos y sus rostros, producían una combinación tan hechizante y embriagadora como el crepitar del fuego.

Localicé el carromato de los juglares en el centro de la plaza. Lucían túnicas de seda bajo sus chalecos, complementadas con llamativos pantalones bombachos y turbantes de alegres colores adornados con pedrería.

A escasa distancia, entre el mar de cabezas, despuntaba la espesa melena, rubia y alborotada, de Almudena; su condición de soltera le permitía no utilizar cofia. Solo sumaba dos años

más que yo, diecisiete, por mucho que sus trazas de mujer dieran a entender alguno más. Sus llamativos rasgos no podían ser más dispares de los míos. Yo era más baja, de menos carnes y más ligera de busto.

La edad que nos separaba nunca había supuesto un obstáculo para la profunda amistad que desde niñas se forjó entre nosotras. Las dos habíamos compartido infancia y juventud hasta que, al cumplir los dieciséis, Almudena entró como moza, camarera, cocinera o lo que se terciase en la hospedería de doña Antonia. Aunque ya no vivíamos juntas, seguíamos aprovechando cualquier oportunidad que se nos presentara para encontrarnos y conversar.

Me moví a duras penas por el denso entramado que formaban personas, carros y bestias. La actuación dio comienzo y tuve que redoblar mis esfuerzos para avanzar entre el gentío y alcanzar a Almudena.

Mi amiga me saludó con la mano y me apremió con gestos para que la siguiera hasta las primeras filas, lo que nos valió convertirnos en el centro de algunas miradas poco o nada discretas: inofensivas las de un par de campesinos que se colaron por el cuello del vestido de Almudena, y halagadora la de un joven comerciante judío que descendió a hurtadillas hasta mis tobillos. Ni siquiera me incomodé: mucho peores habían resultado las ocasiones en las que la soldadesca o algún hidalgo habían aprovechado el tumulto para manosearnos furtivamente.

—Acaba de empezar —una sonrisa brilló en el rostro de Almudena—. ¿Has visto qué apuestos? ¡Lástima que a algunos de los juglares musulmanes se les seccione su parte más viril! —añadió reprimiendo una carcajada.

Las notas que producían los músicos, provistos de flauta, guitarra y laúd, brotaban con aparente facilidad. Las diferentes melodías se acompasaban y fluían como una sola cuando la voz del recitador, aguda y hermosa, entró en escena.

A los juglares de Al-Ándalus les gustaba comenzar su actuación con aquel cantar; si entonaban con pasión sus versos, el éxito estaba garantizado. Sabían a la perfección que las andanzas de aquel valeroso caballero lograban enardecer los corazones como ninguna otra historia, desde el más insignificante

campesino hasta el más refinado miembro de la corte del rey Sabio: artesanos, escuderos, doncellas, clérigos, campesinos, caballeros, comerciantes, sirvientas... Todos quedaban prendados por el mayor de los cantares.

El juglar recitaba los versos del fatal desenlace tras el enfrentamiento entre el Cid y el padre de doña Jimena cuando se alzó un sonido de trompetas. Cuatro mozos del rey, ataviados con unos jubones que lucían el emblema real del castillo y el león, ocupaban el balcón principal de la plaza. Prolongaron el estruendo metálico durante algunos segundos, y entonces el heraldo que los acompañaba alzó una misiva. La desenrolló y aguardó hasta que el galimatías de la plaza quedó reducido a un murmullo quedo.

—¡Se hace sabeer! —gritó a pleno pulmón con un soniquete inconfundible, caracterizado por alargar la última vocal de cada frase hasta quedarse sin aliento—. Por orden del rey de Castilla y de León, don Alfonso X, por algunos llamado el rey Astrónomo o el rey Sabio, hijo de don Fernando III el Santo y doña Beatriz de Suabia, se hace saber de un funesto suceso. El infante Fernando de la Cerda, primogénito y heredero de la corona, encontrándose en la ciudad castellana de Villa Real dispuesto a combatir a los infieles benimerines desembarcados en Écija, ha fallecido tristemente debido a una virulenta infección respiratoria. Su cuerpo será trasladado a Burgos para recibir cristiana sepultura. Siendo el día veintiséis de julio del año de Nuestro Señor 1275.

Nadie reparaba ya en los juglares. Ni uno solo de los presentes se libró de la conmoción. El tiempo pareció detenerse. Los rostros ensombrecidos permanecían fijos en el pregonero. Tal vez aguardando a que se desdijese, la mayoría de las miradas quedaron clavadas en él hasta que abandonó el balcón junto a la pequeña comitiva.

Almudena me observó aterrada, por lo que busqué alguna palabra que lograra tranquilizarla. Al no encontrarla, comprendí que estaba tan asustada como ella.

El temor contenido se extendió como un rayo, devolviendo a la vida a la aletargada concurrencia. Nadie parecía recordar qué negocio le ocupaba antes de que apareciese el heraldo o qué

versos le entretenían. El joven infante era amado por el pueblo y, en pocos segundos, empezaron a multiplicarse llantos ahogados y lamentos teñidos de pesadumbre. Algunas voces, al principio de forma aislada, lanzaron improperios contra el infiel. El ambiente de turbación y rabia contenida aumentaba, y parte de la multitud se apresuró a regresar a sus casas.

—Será mejor que nos marchemos —sugerí—. La muchedumbre y las malas noticias no hacen buenas migas.

3

EL MAESTRO YEHUDA

Advertí que mi maestro recogía algunos pliegos de su escritorio y avanzaba hasta mi pupitre. El maestro Yehuda era un hombre maduro de piel pálida, escasa estatura y muy delgado, características que le conferían una aparente fragilidad. Sus dotes más valoradas, que sus ojos vivaces y nariz afilada apenas anticipaban, no se apreciaban a simple vista.

–No sé cuánto tiempo estaré reunido –señaló con aire abstraído a la vez que acariciaba su puntiaguda barba.

Antes de proseguir, su voz meditabunda se transformó y un rictus severo se apoderó de su rostro.

–Si cuando termines la filigrana del orlado no he regresado, ponte a afilar algunas plumas de ganso, a elaborar pigmento escarlata, a limpiar los pinceles con alcohol, a leer el *Tratado de Astronomía* de Azarquiel o a renovar el agua de los cubos, pero bajo ningún concepto se te ocurra tocar los detalles inacabados de la lámina, ¿queda claro?

Asentí con resignación; por el tono de sus palabras deduje que aún estaba enfadado conmigo.

El maestro Yehuda era uno de los eruditos más admirados del *scriptorium* real. Además de ser un valorado traductor del hebreo, matemático y astrónomo, su pericia como dibujante podía apreciarse en cada una de las miniaturas y letras capitulares de los innumerables libros en los que había trabajado. Incluso el propio rey Alfonso X sentía una especial predilección por él. Cuando la comunidad judía de Toledo lo criticó por

atreverse a plasmar en papel animales, figuras humanas y hasta ángeles y otras representaciones divinas –una auténtica herejía para los hebreos–, el rey Sabio le ofreció instalarse en una de las plantas de los antiguos palacios de Galiana, en los aposentos que acogían a la multitud de eruditos llegados de diversos reinos que trabajaban en la Escuela de Traductores. La lista era interminable: poetas, ilustradores, amanuenses, traductores, filósofos, matemáticos, teólogos, astrónomos... Mi maestro le mostró su profundo agradecimiento, pero optó por continuar en su humilde casa del barrio de la Aljama.

Una muestra más de la confianza que suscitaba en el monarca era el actual encargo, un cuadernillo de ocho páginas que formaría parte del *Libro del ajedrez, dados y tablas*. Era bien sabida la importancia que les concedía don Alfonso X a los denominados «juegos de estar sentado», sobre todo al ajedrez. En ocasiones había afirmado que una victoria sobre el tablero concedía más honor que una en el campo de batalla: «No existen armas más poderosas que la reflexión, el conocimiento y el raciocinio». Entre los maestros se rumoreaba que, desde la elaboración de las *Cántigas de Santa María*, no había mostrado semejante empeño ni dedicado tantos medios a ningún otro códice.

Apliqué el último retoque a la filigrana floral que me ocupaba y dediqué unos instantes a valorar el conjunto de la ilustración. En la miniatura principal, el monarca estaba sentado frente a un emir árabe. Los separaba un tablero de ajedrez en el que se apreciaba una partida recién comenzada. Saltaba a la vista que aquella lámina estaba inacabada, pues las figuras no poseían ni rostro ni manos; estos elementos se consideraban los más complejos, y su ejecución estaba reservada a los maestros miniaturistas.

Me sentía capacitada para finalizarla; sin embargo, no podía desobedecer de nuevo al señor Yehuda. Al rey Sabio le gustaba reunirse con los maestros del *scriptorium* siempre que los asuntos de estado se lo permitían, y desde los doce años, edad de mi ingreso como aprendiz, había tenido oportunidad de cruzarme con él en algunas ocasiones. Apenas habían sido tres veces, pero su rostro estaba grabado a fuego en mi retina. En

mi cabeza se dibujaron sus facciones angulosas, ocultas por una barba gris y espesa; la cicatriz de su pómulo izquierdo, que le había originado una desafortunada cox; sus ojos escrutadores analizando el próximo movimiento; la posición que ocuparían sus robustas manos sobre las piezas...

–Recuerda lo que pasó la última vez, Francisca –me interrumpió una voz familiar.

–Sabes que podría hacerlo con casi tanta pericia como tu padre –respondí al reconocer a Eliezer.

–Ambos sabemos también cómo detesta la desobediencia.

–Superé el examen y en menos de dos semanas cumpliré dieciséis años, pero me sigue tratando como a una niña –objeté con resignación.

Me puse en pie y guardé el pliego en el armario. Comencé a recoger los útiles en una arqueta de madera de enebro y, mientras perdía la mirada en las láminas de alabastro pulido que cerraban los ventanales, añadí:

–No lo entiendo. En la última reunión del gremio avaló mis dotes y mis progresos ante el resto de maestros miniaturistas y, sin embargo, me tiene todo el día ocupada en tareas que cualquiera puede realizar. A lo sumo, permite que trace el motivo floral de alguna cenefa.

–Deberías sentirte afortunada después de lo que ocurrió: finalizaste una lámina encomendada a mi padre.

–De eso hace un mes... Además, no fue para tanto.

–¡Se trataba de la figura del mismísimo don Alfonso X!

–¡Los maestros me felicitaron por el acabado de la miniatura! –respondí enérgicamente.

Eliezer suspiró y dejó transcurrir unos instantes.

–¿Una mujer aprendiz de quince años que osa desobedecerle? –forzó una expresión circunspecta–. Créeme, mi padre es consciente de tu talento, pero siempre ha sido muy exigente con sus aprendices; nada evitará que te expulse si vuelves a incumplir sus órdenes.

«Tal vez sería lo más conveniente...», aventuré para mi fuero interno.

4

EL EXAMEN

Solo un puñado de aprendices continuaba su formación una vez cumplidos los dieciséis años. En este sentido, tanto Eliezer como yo podíamos sentirnos privilegiados; mi amigo había sido el primero en enfrentarse a la prueba de fuego el invierno anterior. Sentado frente a los integrantes del gremio, respondió con desenvoltura a lo largo de la hora que se prolongó el examen oral, y con la misma pericia tradujo al latín un pasaje del Viejo Testamento escrito en hebreo; es más, no solo utilizó los caracteres góticos requeridos, sino que concluyó la traducción empleando caligrafía lombarda, de gran exigencia ológrafa dado su gran número de letras iniciales ornamentadas e intrincados diseños. Tras una breve deliberación, los miembros del gremio le informaron de su continuidad para formarse como maestro traductor y grafista.

Mi evaluación se llevó a cabo algo después, hacía apenas treinta días. El maestro Yehuda se limitó a ordenarme que me reuniese con él a la hora del almuerzo, pues había una encomienda que debía atender. En cuanto accedí al cuarto supe que sucedía algo fuera de lo habitual. El maestro Yehuda, Ajdir Ibn Bouayach, maese Vergara y el deán Arribas, este último como director del *scriptorium* real, permanecían sentados detrás de la única mesa de la estancia. A pesar de la silla libre que había dispuesta frente a ellos, quedé a la espera de pie. Mis nervios iniciales desaparecieron en parte cuando se me informó de que no debería realizar ninguna prueba; bastaría con que me limi-

tase a contestar de manera concisa tantas cuestiones como se me plantearan.

Acto seguido, mi maestro presentó ante el resto de miniaturistas la lámina que me había encomendado reproducir parcialmente y que yo me había tomado la libertad de modificar y concluir por mi cuenta y riesgo, la misma a la que se refería Eliezer y que me había valido una monumental bronca. Uno a uno, fueron observándola minuciosamente mientras el maestro Yehuda permanecía al margen. Se trataba de una representación del juego de las tablas astronómicas en la que aparecían siete individuos, uno de ellos el rey Alfonso X.

Nadie me había indicado que me sentase, por lo que continuaba tan tiesa como un tronco. El tiempo pareció anclarse en aquel momento y cada segundo se me antojaba una eternidad. Ajdir Ibn Bouayach, un hombre maduro, incansable en el trabajo y de trato reservado, fue el encargado de deshacer el silencio.

—¿Por qué en tu lámina su majestad el rey no mira al tablero, sino a su diestra?

Me llevó unos instantes comprender que la pregunta iba dirigida a mí. Parpadeé repetidamente y respiré hondo antes de contestar.

—Estudia el semblante de su oponente —tuve que esforzarme para controlar el repiqueo que producía mi pie derecho al golpear el suelo de piedra—, ya que es el mejor contrincante de los seis a los que se enfrenta. Igual que en el combate se puede adivinar el siguiente movimiento de tu rival analizando su expresión —continué tras reflexionar un instante—, don Alfonso intenta anticipar la estrategia que utilizará su oponente escrutando su rostro.

No supe si mi explicación había sido de su agrado, pero sí que no me haría más preguntas, pues dirigió su mirada a maese Vergara, uno de los miniaturistas más reputados del reino. Este se atusó la rubia perilla que circundaba su boca antes de inquirir:

—A pesar de que se aprecia el trono a su espalda, en tu trabajo el rey no se encuentra sobre él, sino sentado en el suelo junto a los demás jugadores. ¿Por qué?

Era una cuestión que había meditado largamente mientras afrontaba el diseño de la lámina, así que respondí sin titubeos.

–Mi intención era plasmar dos de las grandes virtudes que el pueblo reconoce en nuestro monarca: humildad y justicia. ¿Qué mejor forma de demostrarlo que situándose al mismo nivel que sus súbditos? La presencia del trono no hace sino acrecentar esta idea, a la vez que sirve de velada advertencia: el rey ama a su pueblo, es honesto con él y, a pesar de que podría hacerlo con un simple gesto, prefiere no recurrir al poder y a la fuerza que le confiere la corona.

Un silencio incómodo sobrevino al cabo de mis palabras. Me percaté de la afilada mirada que mi maestro mantenía clavada en mí. Cuando despegó los labios para hablar, supuse que estaba a punto de reprocharme haber socavado su autoridad; no tardé en comprender lo equivocada que estaba.

–En el dibujo original –planteó el maestro Yehuda–, los participantes juegan a los dados; me gustaría saber por qué en tu dibujo te has decantado por el juego de las tablas astronómicas.

Antes de hablar, tomé aire con la intención de calmar el ímpetu con el que el corazón me golpeaba el pecho.

–Los juegos de tablas son los preferidos por la mayoría del pueblo –después de la consabida afirmación, resolví cuál iba a ser el hilo de mi razonamiento–. Además, el juego de los dados depende únicamente de la suerte y suele practicarse en las tabernas. En las tablas no solo influye la suerte que te otorguen los dados, sino que hay que sumarle la pericia del participante. En la vida real, nuestra existencia suele estar condicionada por los infortunios que pueda deparar el destino: las sequías, las plagas, las guerras... Y continuamente debemos recurrir a nuestras habilidades y capacidades para sobreponernos; tal vez sea esta similitud con la realidad la que explique el gusto mayoritario por los juegos de tablas, y de aquí mi decisión.

Un nuevo silencio prevaleció en el cuarto. Maese Vergara había tomado el dibujo de nuevo y lo observaba como si hubiera un detalle en el que antes no había reparado.

–Las proporciones son correctas y el trazo firme –resolvió.

–La orientación de los individuos es la apropiada, y la utilización de los tintes puede considerarse más que correcta –opinó

Ajdir Ibn Bouayach, quien, inclinado ligeramente, también lo contemplaba de reojo.

Cuando las miradas de sus colegas confluyeron en él, el maestro Yehuda se limitó a realizar un gesto de asentimiento. Los otros dos maestros le respondieron con cabeceos aquiescentes.

El director del *scriptorium* entendió que había llegado su turno. El deán Arribas se aclaró la voz con un par de carraspeos y, por vez primera en la reunión, tomó la palabra. Me sentí atravesada por sus hechizantes ojos azules.

—Salvo la puntual excepción que tenemos delante de nuestras narices —sus pupilas se desviaron por un instante hacia el dibujo que había causado tanta controversia—, has cumplido eficientemente con las tareas que se te han encomendado y posees unas dotes que superan a lo esperado en un aprendiz de tu edad —volvió a concentrarse en mí—. Tras el fallo favorable de los maestros miniaturistas, un único detalle impedía que comenzaras tu formación como aprendiz de pleno derecho, y recientemente ha sido solventado. El padre Matías y sor Clarisa ya han arreglado tu ingreso en el convento de las dominicas. Por lo tanto, me complace ser quien te comunique que, una vez alcances los dieciséis años, comenzarás como novicia y alternarás tus obligaciones religiosas con tu trabajo como aprendiz bajo las órdenes del maestro Yehuda.

El padre Matías y sor Clarisa eran las dos únicas personas que se habían preocupado por mi bienestar en los últimos años, por lo que no logré discernir si la expresión complaciente que mostraban los maestros era consecuencia de mi admisión en el convento, del agrado que les producía el nuevo miembro que ingresaba en el gremio o de la combinación de ambas cosas.

La inmensa alegría que me invadió al ver cumplido el sueño que llevaba persiguiendo cuatro años se vio ensombrecida repentinamente. ¿Cómo no había reparado en ello? Se antojaba inconcebible que, superada la primera etapa de aprendiz, una mujer adulta que no estuviese consagrada al voto religioso ejerciese en el *scriptorium* junto al resto de hombres. Mi vida quedaría reducida a proseguir mi formación en el *scriptorium* real durante la parte del día que me permitiera la sacrificada

y casta reclusión que se vivía entre los cuatro muros del cercano convento de las dominicas.

–Decidido –se incorporó el maestro Yehuda–. El gremio acepta el ingreso de Francisca como aprendiz de pleno derecho –sentenció con voz neutra.

Los otros maestros se levantaron y, deshaciendo sus máscaras de seriedad, me estrecharon la mano y me dirigieron sus parabienes. Llegado el turno del maestro Yehuda, me pareció percibir en su expresión un destello de emoción contenida. El inesperado gesto que protagonizó a continuación vino a confirmar mis sospechas: se aproximó y me abrazó.

–Enhorabuena –musitó.

Semejante cumplido de una persona a la que admiraba con secreta devoción, y a la que jamás había oído expresar sus emociones, hizo que el rubor me subiese hasta el rostro y que el color de mi tez, habitualmente pálido, se asemejase al de una cereza.

–Esto no quiere decir que vayas a librarte del castigo por haberme desobedecido –agregó contradictoriamente, mientras su acostumbrado semblante de seriedad volvía a apoderarse de sus facciones.

A pesar de que había transcurrido un mes desde aquella entrevista, su recuerdo proseguía en mi retina como si hubiese tenido lugar horas atrás. Caminé hasta la pila de agua de la cancela y comencé a limpiar los útiles de pintura. Eliezer se colocó a mi lado y me ayudó en la tarea de frotar los pinceles con alcohol.

–Tengo que salir a la hora del almuerzo –comenté–. ¿Sabes cuándo terminará la reunión?

–Ni idea. Llevan más de tres horas metidos en esa habitación –respondió, extraviando sus ojos en la puerta cerrada del cuarto.

Percibí un destello de extrañeza en su mirada.

–¿De qué te sorprendes? –pregunté–. Sus encuentros se alargan a veces hasta el anochecer.

–Sabes perfectamente a lo que me refiero –dijo con un soniquete cansino–. ¿Por qué cada vez que un noble aparece con

algún encargo hay que rendirse a sus pies? –Eliezer bajó la voz hasta convertirla en un susurro–. ¿No lo viste llegar? Iba parapetado tras un sombrero de ala ancha y una capa bien ajustada; ni siquiera me explico cómo era capaz de saber dónde pisaba.

–No deberías mofarte –le recriminé–. El mundo funciona así: unos ponen los dineros y otros el trabajo. ¿O acaso prefieres que gasten todas sus riquezas en armaduras para combatir al moro?

Eliezer exhaló un nuevo suspiro e interrumpió la tarea de limpieza de los pinceles para doblar las mangas de su camisa.

–Los maestros Abdel Hadi y Fray Núñez también están dentro –dijo.

Le dediqué una mirada fugaz y me encogí de hombros.

–Tres de los mejores maestros –constaté–. Ese noble dispondrá de oro de sobra.

–No sé qué encargo puede requerir a traductores tan dispares.

Me quedé pensativa un instante. Normalmente, los equipos de traducción estaban formados por dos estudiosos: un especialista en hebreo o árabe, y otro ocupado en volcar lo interpretado por el primero al romance o al latín. Pero los maestros Yehuda, Abdel Hadi y Fray Núñez eran expertos en los campos del hebreo, el árabe y el latín, respectivamente.

–Muy sencillo –observé–. Tal vez ese noble esté interesado en que tu padre se encargue de las ilustraciones de una traducción del árabe al latín –terminé de guardar las herramientas en la arquilla de enebro–. Almudena me está esperando. Si tu padre pregunta por mí, dile que regresaré en una hora.

Eliezer se secó las manos y clavó de nuevo la mirada en la puerta del cuarto en el que estaban reunidos los maestros, una reducida habitación en la que se guardaban los códices más antiguos de los que conformaban los fondos de la biblioteca.

Me aproximé hasta quedar a un paso de él y por mi mente atravesó la idea de que Eliezer, definitivamente, había dejado atrás la imagen del niño que había conocido cuatro años antes. El periplo que había afrontado a lo largo de su aprendizaje era digno de mención. Atendiendo a su especialidad como traduc-

tor, tal y como era costumbre en la formación hebrea, a los tres años había comenzado a leer la Torá y, una vez cumplidos los doce, había completado el estudio de la Mishná y el Talmud. Sus jornadas de estudio comenzaban al alba, y era habitual que se prolongaran durante once o doce horas al día. En los últimos cinco años había perfeccionado sus conocimientos de latín y romance, y había profundizado en las lecturas bíblicas y talmúdicas. Todos los maestros coincidían en que era uno de los aprendices más destacados del *scriptorium*.

Le lancé el trapo con el que había secado los útiles de pintura para arrancarle de su ensimismamiento.

–Si no tienes nada que hacer –planteé–, puedes continuar con el último cuadernillo de la traducción de Maimónides.

Miró a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie permanecía al tanto de nuestra conversación.

–¿Sabes el lío en el que nos podríamos meter si alguien te escuchase? –susurró–. Ese es un asunto para nuestros ratos libres.

Aunque moví la mano en un gesto despreocupado, bajé el tono de voz antes de proseguir; no quería que mi amigo pensase que había olvidado la cautela con la que debíamos proceder.

–Con un poco de suerte, hoy cerraremos nuestra primera venta.

–Eso mismo has dicho las otras veces. Me conformo con que esos caballeros que te presenta Almudena no nos metan en ningún embrollo.

–El extranjero con el que me voy a encontrar está apadrinado por el abad de Cluny.

–¿Un clérigo? –en esta ocasión, más que sonar como un suspiro, su respiración se tornó en un hosco resoplido–. Ahora me quedo más tranquilo –apuntilló en tono irónico, mientras manoseaba las mangas de su camisa con nerviosismo–. ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

Negué con la cabeza.

–No pertenece a la iglesia, sino a la nobleza –aclaré–. Se trata de un conde de Borgoña; Luis de Auvernia, creo recordar. Según Almudena, resulta un tanto presuntuoso y arisco en el trato, pero se mostró muy interesado por la medicina.

–Hay mujeres que han acabado en la hoguera acusadas de brujería por mucho menos que vender un tratado de medicina.

Así era el carácter de Eliezer: objetivo, racional, temeroso, obediente e invariablemente pesimista. Se aproximó, me dedicó una mirada compungida y señaló:

–Deberíamos disolver nuestra sociedad. Seamos realistas, Francisca –me agarró de un hombro–, nadie comprará una traducción realizada por unos aprendices.

–Esta vez no diré que el libro es nuestro –concluí con una sonrisa de abierta complicidad.